



Madrid Cómico

DIRECTOR: CARLOS DE BATLLE



Los admiradores de la Concha, por Méndez Alvarez

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO
por Félix Limendoux.

UNA DEL CORO
por E. Navarro Gcnzalvo.

¡ORIGINALÍSIMO!
por Georges Auriol.

CUENTO
por A. Serra Cubells.

LA VERDAD Y LA RAZÓN
por E. Barriobero Herránz.

PEQUEÑECES
por Leandro Ribera.

MUESTRAS SIN VALOR
por Enrique López Marín.

NI TÚ, NI YO
por Carlos de Batlle.

¡CONSISTE EN EL PRECIO!
por Rafael del Val.

EN EL AÑO 2000
fantasía novelesca, por E. Bellamy
(Continuación).

LIBROS RECIBIDOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

LOS ADMIRADORES DE LA CONCHA
por Méndez Alvarez.

¡ORIGINALÍSIMO!
ilustraciones de Solar de Alba.

BAILARINAS CÉLEBRES
(de fotografía).

¿MINUÉ Ó PAS-A-QUATRE?
historieta, por Santana Bonilla.

ROSARIO PINO
(De fotografía).



Estos seis que aquí véis
se pirran por la Concha todos seis.

15 CÉNTIMOS



Digan lo que quieran, no los termómetros célebres del maestro Ferreras, sino los políticos más empollados en cuestiones internacionales, la paz europea depende de cualquier cosa, y puede surgir una verdadera conflagración... en un coche de primera, sin ir más allá.

Los embajadores y ministros plenipotenciarios que veranean en Zarauz, van á formular una reclamación por la vía diplomática, porque al trasladarse de dicho punto á San Sebastián, vieron su coche invadido por varias mujeres del pueblo que, no hallando asientos de tercera clase, tuvieron á bien ocupar el vagón de los diplomáticos.

Y si hubieran ido solas, como los gallegos del cuento, menos mal; pero lo horrible del caso es que llevaban consigo una porción de gallinas.

«Al llegar á San Sebastián, los diplomáticos estaban llenos de piojos.»

Mis lectores han de hacerme el honor de creer que esto no es invención mía, sino copiado de un telegrama de *El Liberal*.

No ha bastado que la colonia aristocrática de Madrid haya dirigido una instancia al gobernador de Guipúzcoa pidiéndole que imponga á la empresa ferroviaria la correspondiente corrección.

Los diplomáticos dicen que eso es poco, y formulan la reclamación con todas las de la ley.

¡Y que no hay quien se lo quite de la cabeza!

(No me refiero á los dichosos animalitos.)

De donde resulta, pues, que *El libro rojo* del año venidero va á estar hecho una verdadera lástima.

Y es de suponer que la nota de nuestro ministro de Estado, señor Duque de Almodóvar del Río, ha de ser tan breve como expresiva.

Al contestar á la reclamación no habrá tenido otro remedio que decir: «¡Si te pica, ráscale!»

Después de todo, y tratándose de esos animalitos, es lo que se merecen los tales diplomáticos.

¡Por chinches!

Hay cosas que si le dicen á uno que han de ocurrir, pone de vuelta y media al que le trae la noticia.

Y, sin embargo, suceden.

En un telegrama de Avila, que publicó anteayer *El Liberal*, se nos comunica que D. Basilio Paraiso y D. Ramón Nocedal conferenciaron el otro día... ¿dónde dirán ustedes?... ¡En la propia catedral!

No creo que es este el sitio más á propósito para que dos políticos cambien impresiones.

Como no sea que Nocedal se llevase á D. Basilio á un confesionario y allí le preguntase por los diez mandamientos.

Pero si se encontraron junto al altar mayor, pongo por caso, me resulta una gran irreverencia que, después de persignarse cada uno, le preguntase Paraiso á D. Ramón:

—¿No está usted conmigo en que debía suprimirse el impuesto de consumos?...

Si yo tuviera estatura suficiente para ello, me atrevería á darle la mano al Sr. Barroso en señal de enhorabuena.

Pero ¡ay! temo no llegarle al señor Gobernador ni siquiera á la choquezuela.

Sin embargo; ya que no me es posible esta demostración gráfica de entusiasmo, haré constar desde aquí mi alborozo, en vista de la orden que ha circulado á los cafés cantantes, prohibiendo todo lo flamenco.

¡Olé! ¡Bendita sea tu mare!

Digo, no; esto es flamenco también y puede que el propio Gobernador me prohíba el piropo.

Por mi parte, declaro, con la franqueza más absoluta, que detesto todo cuanto huele á flamenquería.

El cante *jondo* para mí no ha pasado nunca de la superficie, y las *pataitas* del baile las he recibido siempre en el propio estómago.

(Perdónenme todos los Juan Breva, Canarios y Pacos de Lucena, y todas las Macarronas, Pingarronas y demás mujeres bribonas que mortifican esos tablados.)

Lo triste del caso es que la orden será tan efímera ¡ay! como la de cerrar las tabernas á las dos de la madrugada, prohibir la mendicidad y retirar de la circulación ciertas *emisiones* de última hora.

Vendrán los «empeños», las recomendaciones, las súplicas...

Y todo ese personal que vive de lo flamenco, acabará por *tirarle cuatro tientos* al señor Gobernador *para ver si se blande*.

Y eso que, tratándose de una humanidad tan respetable como la de Barroso, ¡no hay quien la *blande*!

Siempre es una satisfacción para uno ver que queda á una altura inconmensurable, en calidad de nación obsequiosa.

Estamos tratando espléndidamente á los marinos alemanes que tripulan la fragata *Stein, surta* (esto no lo sabe decir el duque de Veragua) en el puerto de San Sebastián.

La gira marítima por el Urumea ha sido un espectáculo delicioso.

Leyendo los telegramas de *La Correspondencia*, ha habido más Champagne que agua, lo cual me produce cierta envidia por no haber estado allí.

Aunque eso he salido ganando, porque según el mismo periódico, «... con motivo de la confusión de botes, cayeron al agua tres periodistas, resultando solamente remojados.»

Lo de *re-mojados* es ¡elocuentísimo!

Aunque el telegrama no cita los nombres de esos tres compañeros, una duda horrible me asalta al leer otro párrafo anterior:

«En un bote iban el diestro Fuentes y Fernánflor.»

¿Se referirá lo del chapuzón al ilustre periodista?

Porque, en realidad, vale por tres.

Y por muchos botes de periodistas de esos.

Mot de la fin ó Châs de la motte... (Me es «contemporáneo»).

La guerra anglo-boer toca á su término de una manera definitiva. No hago más que coger el *Heraldo* del miércoles y leo en primera plana, con titulares muy llamativas:

«IMPOTENCIA DE KITCHENER»

Querido Arpe: eso se pone en cuarta plana, generalmente.

FÉLIX LIMENDOUX

Una del coro.

Es Teresita Gascón una muchacha bonita, corista de profesión, natural de Piedrahita y modista de afición.

Cuando pesca una contrata luce el cuerpo, la hermosura, y hace de tiple barata y abandona la costura, que el mucho coser la mata.

Da el sí con mucho vigor, y aunque habla bastante mal dice de ella el director que en el registro central canta con mucho primor.

Viste bien, es elegante, es puntual y es callada, lo aprende todo al instante y está muy desarrollada, sobre todo por delante.

Con su carilla de fiesta, su toquilla y su mantón va al ensayo tan dispuesta... y es la desesperación de su director de orquesta.

Viéndola el hombre, disfruta, y aunque procura estar grave, cuando Teresa ejecuta la mira, y tiembla, y no sabe donde tiene la batuta.

—¡Qué formas! ¡Qué morbidez! ¡No puede el cincel más diestro reproducir su esbeltez! ¡Y cómo suda el maestro con aquella desnudez!

La pobre se acerca incauta, luce sus bellos primores, pierde el maestro la pauta... y riñe á los profesores, ¡sobre todo al de la flauta!

Pues bien; á esta niña honesta, envidia de más de cuatro por lo gentil y lo apuesta, la despiden del teatro...

¿Por el director de orquesta?

Por cierta murmuración: que envidian su juventud su gracia y discreción, ¡y hasta envidian su virtud!... ¡Cosas de la profesión!

¡Que si un autor la hace el oso y la llevó á la verbena!

¡Que si está el tenor celoso! Que si la han visto en el foso con el director de escena.

¡Calumnial! ¡Pura maldad! ¡En el foso!... ¿Y su recato? Si allí bajó, la verdad,

es que la cayó un zapato por una casualidad.

¡Ni un autor le hizo el amor, aunque lo suelen hacer, ni le hizo caso al tenor, ni la han visto conceder favores al director!

No prosperó en su querrela la horrible calumnia aquella y ella logró la victoria.

¿Que por qué la echaron á ella? Ahora contaré la historia.

No sé si haciendo el *Bocaccio*, obra que incita al amor y que no es un mamarracho, se besó en el bastidor, con otro corista, macho.

¡Un beso á nadie le chocal! ¡Qué hay de extraño que se junte allí una boca á otra bocal! Mas lo vió el segundo apunte y, es claro, la volvió loca.

Era muy mal enemigo, y tenaz en su porfía, de su secreto al abrigo, la miraba y la decía:

—¡Si no me besas, lo digol!

Lo besó; y aquel exceso á su pudor arrancado vió el baritono malvado y ¡es claro! pidió otro beso; y fué el tercero besado.

El tenor, gran seductor, vió la cosa, y atrevido, al fin miró conseguido de la Teresa un favor.

¡Fué el cuarto favorecido! Para el quinto, halló pretexto un vejete, un don Macario, representante indigesto...

y, en fin, ¡hasta al empresario besó Teresa, y fué el sexto!

La tiple, que era feroz como nadie tiene idea, y que andaba mal de voz, y era vieja, y era fea, la tenía un odio atroz.

Supo el caso aprovechar, dice que no se conforma tal corista á tolerar, y al fin la tienen que echar por una cuestión... de forma

No fué el caso extraordinario que perdiera su acomodo pues sabe todo empresario que, en cuestiones de escenario, *la buena forma es el todo*.

E. NAVARRO GONZALVO



¡Originalísimo!

Por muy abusado que esté el calificativo para describir los caracteres excéntricos, no puedo prescindir de él al acordarme de Stevenson.

¡Oh, Billy Stevenson!... Permitanme ustedes lanzar tres hurras en su honor y beber este vaso de whiskey a su recuerdo.

Una vez preparado así, comienzo la descripción de este queer fellow.

Estábamos en Paimpol. Acabábamos de comer en la posada cuando vimos por vez primera a Stevenson.

Venía de Irlanda, apretando entre sus dientes una gran pipa negra. Gicquel, el posadero, nos lo presentó.

—Se trata de un artista también, de un compañero: Mr. Stevenson, escultor irlandés...

Cambiamos nuestros saludos afectuosamente y, al interrogarle el objeto de su viaje, vimos que Gicquel entraba con una gran bandeja llena de copas y varias botellas de Champagne.

—¡All right!—exclamó Stevenson descorchando la primer botella.

Cuando estuvieron llenas todas las copas, Stevenson, subiéndose en una silla y poniendo un pie sobre la mesa, exclamó:

—Señores, yo no sé hablar francés correctamente; pero, en cambio, sé beber a la perfección.

Eramos nueve, y, en menos de horas (sin exagerar), habíamos vaciado veintinueve botellas de Rœderer.

Stevenson pidió otras tantas nuevamente, y, como Gicquel nos confesase que había agotado sus provisiones, el gran irlandés... ¡oh, originalísimo!... nos propuso tomar la diligencia que iba a partir de un momento a otro y marchar a Saint-Briene, donde seguiríamos descorchando botellas.

Ya ven ustedes que, un hombre a quien se le ocurre semejante idea, bien merece llevar el calificativo de ¡originalísimo!

Cuando al cabo de cierto tiempo volví a ver en Niza a Stevenson noté en él algo de extraño y misterioso.

No me invitó a pasar con él un rato; parecía haber olvidado la existencia del whiskey, de la ginebra y del Champagne.

Vestía como un verdadero gentleman, usaba monóculo y no fumaba pipa.

Iba acompañado de una muchachita rubia, a quien llamaba Kate.

Por cierto que aquella muchachita era un tipo bien extraño: pequeña, muy pequeña, rubia como el oro, de ojos inteligentes y una movilidad de facciones y de ademanes verdaderamente encantador.

Parecía tener de seis a ocho años; pero, cuando hablaba, decía cosas...

cosas que no son capaces de decir las criaturas de esa edad.

Vestía un traje elegantísimo y llevaba un enorme sombrero azul.

Algunas veces la llevaba, paseando, de la mano; otras, cargaba con ella en brazos, y siempre la besaba cariñosamente.

—¿Era su hija?... Sin duda alguna.

El hecho es que la cuidaba amorosamente, evitando a todo trance que cualquiera se aproximase a la rubita.

Al comer, en el restaurant, no permitía que el camarero se acercase a ella, teniéndole siempre a distancia de la mesa, y más de una vez armó bronca con alguno que la miraba fijamente, poniendo fin a la cuestión por medio de un enérgico puntapié.

Paseaba con ella junto al mar, y, cuando la gente se aproximaba demasiado, cogía en brazos a la rubita y echaba a correr.



La pequeña jamás lloraba, ni hacía la menor protesta; y hablaba ¡tan razonablemente!...
Un día dejé de verlos; por el dueño del restaurant supe que había partido para Argelia.

... Pasaron dos ó tres meses. Había yo vuelto a París y maldito si me acordaba de Stevenson, creyéndole lo menos en Australia, cuando una mañana recibí una carta suya.

«Querido amigo: — me decía — Es preciso que vengas a verme en seguida. Estoy en Richmond con Kate. Tengo que hablarte. Tuyo, STEVENSON.»

El recuerdo de aquella rubita, tan original, avivó en mí el deseo de ir a verle.

Tomé un billete para Dieppe y a los dos días llegué a Richmond. En la estación me esperaba Stevenson.

Desde el primer instante observé que había vuelto a recobrar su perdida alegría.

En cuanto hubimos cambiado el primer abrazo, ya empezó por convidarme a un *cock-tail*.

Después me llevó a su casa; vivía en un delicioso hotel rodeado de altos árboles é inaccesible a las miradas de los curiosos.

En la terraza, y sentada en el suelo sobre almohadones, pude ver desde lejos a la rubita misteriosa jugando con una muñeca.

¡No había crecido ni un milímetro!

—Voy a presentarte a Kate — me dijo Stevenson.

Cuando llegamos junto a ella pude ver una cosa... ¡extraordinaria!

Lo que yo había tomado por una muñeca, era una criatura de pocos meses a quien la rubita ¡estaba dando el pecho!

—¿Ves? ¡Cuando yo te decía que vinieses, era para algo! Ya ves: en Niza no éramos más que prometidos. Hoy Kate es ya mi esposa y necesito que apadrines nuestro primer vástago...

¡El muy animal se había casado con una enana!...

¡A ver si Stevenson era ó no *originalísimo*!



GEORGES AURIOL

Cuento.

Las diez cantaba un sereno cuando Juan, que no lo estaba, fué rubricando las calles a ver a su novia Juana y a pelar con ella el pavo — que no siempre ha de ser pava. —

Llegó, sin él saber cómo, debajo de la ventana donde solía las noches que estaba sereno hablarla, y con la cabeza débil y algo turbia la mirada, viendo en la ventana un bulto dió rienda suelta a su charla diciendo con voz vinosa:

—¡Salud, alma de mi alma! Sin duda habrás extrañado mi extraordinaria tardanza, mas no te enojés, querida, que vas a saber la causa.

Estaba de juerga... digo, con la Julia... no, caramba, con un paisanito tuyo que me convidó a unas cañas y no quise desairarle porque es de mala crianza.

¡No contestas? Lo comprendo. ¡Eso es que estás despechadal Cosa que siento de veras

pues no te querrán para ama... ¿Vas a estar siempre de monos porque eché al aire una cana? Tú me dirás que esas cosas no debía ni pensarlas

pero ¡es tan buena la Julia! digo, la caña.. la caña... Tú dirás que estoy borracho, mas yo digo que te engañas. Dirás que soy un imbécil...

¡Oye! ¡Mide tus palabras! ¡No me faltes porque entonces, no respondo de lo que haga!...

Charlando de esta manera peló dos horas la pava, sin lograr por ningún medio que la joven contestara. Llegó la noche siguiente y así hablaron Juan y Juana:

—¿Ya tienes buena la lengua? —Yo nunca la tuve mala. —Anoche, pues poco hablaste —¡Como que estuve en la cama! —Si te hablé más de dos horas como quien habla a una estatua. —Mientes, pues no salí anoche. —¡Si ví un bulto en la ventana! —¡Claro!... ¡El botijo que puse para refrescar el agua!...

A. SERRA CUBELLS

BAILARINAS CÉLEBRES



En Londres ha sido *mis*,
en Italia *picolina*
y lo que ahora sea en París...
¡ni Bonafoux lo adivinal!

La verdad y la razón.

(CUENTO BATURRO)

D. Pascual, Beneficiado de La Seo; D. Simón, Secretario del Arzobispado y el tío Gurrion, pastor de vacas y vecino del Rabal.
La escena en el Sato de Almozara (Zaragoza).

D. Pascual.—Desengáñese usted D. Simón, son sutilidades dialécticas que no conducen á nada.

D. Simón.—No, señor; en este caso concreto, hay algo más que sutilidad dialéctica; *la verdad y la razón* son dos cosas distintas.

D. Pascual.—No son sino una misma, y así verá usted que se dice indistintamente una razón y una verdad.

D. Simón.—Pero no es lo mismo tener razón que decir verdad.

D. Pascual.—De los libros ya sabe usted que no hemos podido sacar nada en limpio.

D. Simón.—Para terminar estas discusiones con convencimiento pleno de ambas partes, tengo yo un recurso supremo que suele darme buen resultado.

D. Pascual.—¿En qué consiste?

D. Simón.—Como todas las ciencias son escalones de la inteligencia humana aplicada á un fin, bajo la dirección de la razón, dicho se está que la Ciencia en principio, existe siempre en toda razón natural.

D. Pascual.—¡Claro!

D. Simón.—Pues bien, apelando á una razón que no esté retorcida por educación alguna, será fácil obtener una idea exacta de lo que en principio es tal ó cual cosa, ó de lo que era antes de que la Metafísica ó la Dialéctica, la hicieron confundir con otra análoga.

D. Pascual.—No me parece mal la idea.

D. Simón.—Podrá suceder que muchas veces le contesten á usted una patochada, como el niño de Espronceda; pero muchas otras se sale de dudas.

D. Pascual.—Pues manos á la obra; por allí viene un boyero, esperémosle sentados en este banco.

El Gurrion (pasando con la vacas)—¡Santas y güenas!

D. Simón.—Muy buenas ¿de dónde viene el amigo?

El Gurrion.—Pos miste, mosén; aura, d'escacharle los morros á un zagalón que m'a espantau á la Caminanta, q'es fiera, y antes de c'anochezga, ancia casica pa ver si mus echan de cenar á mi y al ganau.

D. Pascual.—¿En dónde vives?

El Gurrion.—Allá rivica, en el Rabal, en una casica c'ai arrimá á la fragua; Bartolo Grañen, por mal nombre *El Gurrion*, pa servir á usté y al otro mosén.

D. Simón.—¿Quiéres contestarme á una pregunta que te haga?

El Gurrion.—Miste, no m'aturda usté con pregunticas, que mosén Lucas m'ace icirle ca cosa... ¡Reonda! ¡Capitana! ¡Aidal! ¡oooh! ¡sos! ¡toma'quil...

D. Pascual.—Lo que nosotros te vamos á preguntar es muy sencillo.

El Gurrion.—A ver, que me se van las vacas

D. Simón.—A ti ¿qué te parece? La verdad y la razón ¿son una cosa sola ó dos cosas distintas?

El Gurrion.—¿Y qué me sé yo de cosicas d'iglesia?

D. Pascual.—¿Si no son *cosas de iglesia*, hombre, fijate bien, *la verdad y la razón*! ¿Es lo mismo la verdad que la razón?

El Gurrion.—Eso mejor lo sabrán ustedes... ¡Venteral!

D. Simón.—¡Claro que lo sabemos! pero no se trata de eso, á tí ¿qué te parece?... anda hombre, dilo sin miedo...

El Gurrion.—Pos miste, mosén, yo creo que son dos cosas distintas.

D. Pascual.—¿Y por qué crees eso?

El Gurrion (sacando de la faja un cuerno enorme de los que los pastores suelen llevar con sal y especias). Mu zencillo: ¿v'usté este cuerno?

D. Pascual.—Sí.

El Gurrion.—Pues güeno, si yo le meto á usté este cuerno por las narices, como aise zagalón d'ai bajo que m'a espantau á la Caminanta, será una verdá, pero no será una razón... ¡aguarda! ¡Milagrosaaal... ¡Santas y güenas!

E. BARRIOBERO Y HERRÁN

¿MINUÉ Ó PAS-A-QUATRE?, por SANTANA BONILLA.



1.—¡Oh gran Dios, qué atrevimiento!



2.—Escóndase usté al momento...



3.—Donde lo juzgue mejor.



4.—El profesor se presenta.



5.—Y apenas tocar intenta...



6.—¡¡Se horroriza el profesor!!

Pequeñeces.

Estoy completamente convencido de que toda mujer joven y hermosa, cuando quiere engañar á su marido es cuando está con él más cariñosa.

¿Será verdad lo que me ha dicho el cura?
¿Que piensa excomulgar á tu hermosa?...

Si llegase á morir la hipocresía, la modestia de luto vestiría.

Cuando la infiel á tu perdón acuda y en su disculpa la inocencia veas, si no llora al decirla, ponlo en duda, pero si llora... ¡entonces no la creas!

Si alguna vez, mujer, te arrepintieras de haber desdenes inferido á un hombre, aunque tu culpa confesar quisieras, jamás intentes pronunciar su nombre. Que aquellos que en el mundo han padecido, sólo tienen consuelo en el olvido.

LEANDRO RIVERA

Muestras sin valor.

Una mujer, que cree en el espejo, al espejo se mira y se contempla. Mas por muchos encantos que adivine, se puede asegurar que no sospecha los encantos que el hombre enamorado le añade por su cuenta. ¡El espejo, lectoras, es un estafador de la belleza!...

Todos los que con ellas derrocharon amor, riquezas, juventud y tiempo, de todas las mujeres se quejan con amargo desconsuelo. ¿Es que lloran terribles desengaños porque, aturcidos, en su amor creyeron?... ¡Qué desatinol... Las amaron mucho y antes de confesar que ya son viejos protestan con furor. Como que saben, por experiencia propia todos ellos, que ya no han de volver... las golondrinas á pasar el Estrecho. .

El hombre que no roba no es por eso modelo de honradez; pues, asimismo, la mujer no es modelo de virtudes por la abstinencia de pecados físicos. ¡Cuántas llevan el alma siempre llena de pecados que nunca han cometido!

Lectores, no os caséis si—previamente—no lo habéis meditado muy despacio, para lo cual, la práctica aconseja serenidad de juicio y... ¡muchos años! Mirad que el gran consuelo de los hombres solteros y sensatos es que pueden dejar de serlo siempre... si descubren que están equivocados.

Es el amor tan ciego, ofusca tanto á los enamorados que, mil veces, aman, uno en el otro, cualidades de que los dos carecen. De la misma manera, en esta ceguedad que nunca advierten, se separan un día por terribles defectos que no tienen. Pero al amor no le quitéis la venda; ¡cuando empieza á ver claro... es cuando muere!

ENRIQUE LÓPEZ-MARÍN

MUJERES DEL TEATRO



ROSARIO PINO

Ni tú, ni yo.

«El mundo es un abismo
que se abre entre los dos.
Salvarlo es imposible; no podemos
ni tú, ni yo.»

J. SELGAS

Entré en el preciso momento que la orquesta preludiaba un vals muy suave, muy lento, pausadísimo, muy triste, lleno de lágrimas; parecía como si los violines hubiesen llorado: un vals de esos cuya cadencia excita sin enloquecer, y por delante de mí pasaron más de veinte parejas que, describiendo caprichosas curvas y moviéndose acompasadamente, celebraban la entrada del nuevo año.

Con indiferencia paseé una mirada en derredor mío, y al llegar mis ojos á un ángulo en el que resaltaban dos hermosos tapices Gobelinos, encontraron un grupo que en un momento se hizo de mi atención.

Lo componían una mujer y un hombre, jóvenes los dos, y jamás he encontrado en sitio alguno seres que hayan despertado en mí tanto interés.

Vestía ella riquísimo traje de seda color rosa muy pálido, y en su encendido rostro se retrataba la más viva y honda emoción.

Él vestía correcto frac, y en la blanquísima pechera brillaban dos diminutos botones de oro.

Estaba pálido, muy pálido; hablaba despacio, y á juzgar por la tristeza que sus ojos reflejaban, no era difícil ni aventurado asegurar que recordaba algo grato, muy grato en otro tiempo para ellos, y que debía serles muy doloroso en aquellos momentos.

Indiferentes al bullicio y alegría que les rodeaba, él seguía hablando con lentitud, como si sus palabras las dictase algo que estaba muy escondido, muy hondo; deteníase á menudo para tomar aliento y para fijar con pasión los ojos en ella, que le escuchaba atentamente.

Aquella escena tenía para mí mucho de sugestiva. Un mundo de pensamientos acudía á mi cerebro, atropellándolo; la contemplación de aquellos dos seres evocaba en mi alma recuerdos que me hacían sufrir horriblemente, que estremecían de dolor todos mis músculos, que excitaban mis nervios de un modo extraordinario; y sin embargo, no apartaba mis ojos de ellos.

Después... calló él: hizo ella un esfuerzo; intentó contestar, y las palabras, anudándose en la garganta, hicieron que apretase los dientes, cerrase el divino broche que formaban sus labios, evitando así que estallara en desgarrador sollozo la horrible tempestad que el destino desencadenaba en su alma.

Los dos, jóvenes, llenos de vida; de peregrina hermosura ella, de varonil belleza él, y ¡cuán desgraciados debían ser!

El más escéptico; el más descreído; el más duro de corazón; el más perverso, se habría conmovido al contemplar aquellos dos rostros en los que se retrataba horrible sufrimiento, y no habría vacilado un instante en asegurar que se amaban con todo el alma, como sólo una vez se ama en la vida, convenciéndose á la vez de que cuando el sentimiento nace en el corazón, no se disfraza nunca con la careta que los mortales usamos para vivir en sociedad.

Yo habría querido saber lo que les sucedía; conocer lo que causaba su desgracia; luchar con ellos y para ellos hasta la extenuación; dar mi vida en beneficio de su amor; vencer los obstáculos que se oponían á su paso para lograr la realización de sus deseos, y no desmayar hasta conseguir que se cambiase en alegre sonrisa la desconsoladora emoción que reflejaba el semblante de ella; hasta que la livida palidez del rostro de él se trocara por los colores de la alegría.

Pero no era posible, y mis deseos, con ser tan sinceros, tenían forzosamente que quedarse siendo deseos, como si eso fuera algo; y sintiendo honda tristeza maldije la casualidad, por haber puesto ante mis ojos una desgracia más.

¡Una desgracia más! ¡Cualquiera, al leerme, será capaz de imaginar que mi vida se ha deslizado siempre entre dichas y venturas!

Levantóse él.

En las brillantes pupilas de ella fulguró un relámpago; los labios se movieron, pero las palabras moviéronse en el alma, único sitio donde pueden guardar sus intimidades los que sufren.

Andando lentamente cruzó él el salón, y con la barba pegada al pecho parecía que los pensamientos que se barajaban en su cerebro le pesaban de un modo espantoso.

Ella le vió marchar con los ojos desmesuradamente abiertos; intentó levantarse, y no pudo; quiso llamarle, y el dolor ahogó sus palabras; sus enrojecidos ojos se llenaron de agua, y las lágrimas no llegaron á rodar por las mejillas... porque las secó antes la calentura...

Su rostro se iluminó repentinamente; fijó la vista en el techo; movió con rapidez los labios; cualquiera, al verla, habría dicho que rezaba, y yo no sé á qué causa pudo obedecer; pero mi mente se pobló de tristes recuerdos; mi corazón de amarguras; mi alma de nebulosidades, y creí percibir una voz muy dulce, muy suave, muy melodiosa, casi divina, que decía:

¡Ay...! nuestras almas una
en sus tristezas son.
Ni tú ni yo podemos separarlas;
ni tú, ni yo.

CARLOS DE BATLLE

¡Consiste en el precio!

Ya he sabido Lola
que estás decidida, que *estás por* el viejo,
con el cual sufrirás sus achaques,
sus toses, ahogos, reumas y celos.

Ya sé que te casas,
que es rico y espléndido,
que tendrás por docenas los coches,
las galas por miles, las joyas por cientos.

¿Mas tú lo has pensado
con detenimiento?
¿No serás la vulgar mariposa
que siendo su muerte la luz, va á su centro?
Es verdad que tendrás las ventajas
que presta el dinero;
esa plétora grande de goces
mundanos, que siempre resultan pequeños:

¡Mas ay! Esos otros
placeres inmensos,
esa dicha de dos que se quieren
con toda la fuerza de su pensamiento,
que tan sólo mirándose mudos
sus ojos amantes, se dicen: «Te quiero»,
y con gusto la gloria darían
por darse en la vida, la gloria de un beso;
á esos goces renuncia al casarte,
que el árbol que es viejo,
no da fuerza á los últimos brotes,
por muchas raíces que tenga en el suelo.

Al casarte, *suicidas* el alma,
prestándole, en cambio, placeres al cuerpo.
Sin contar que al saberlo las gentes
recuerden y digan el dicho tan cierto:
¡Que en el mundo, se venden hoy día
las cosas más grandes! ¡Consiste en el precio!

RAFAEL DEL VAL

LIBROS RECIBIDOS

La monja, por Diderot. Versión española.—Obra de verdadera actualidad es la célebre producción de Diderot. La vida del claustro, con sus alegrías y tristezas, su ambiente de castidad y sus severos preceptos, se halla perfectamente descrita en este hermoso libro. Un volumen, 1 peseta.

Cantos de la Montaña.—Rafael Calleja, el joven compositor, autor de varias zarzuelas popularísimas, ha realizado la improba labor lírica de coleccionar los poéticos cantos montañeses, armonizándolos de forma que constituyen un documento de inapreciable valor para la historia de la música española.

La obra ha sido editada lujosamente y se halla de venta en las librerías al precio de 10 pesetas.

Biografía militar del Cabo López.—Segunda edición, considerablemente aumentada. Un elegante folleto ilustrado, 0,50 pesetas.

Tratado de navegación, por D. Ramón Estrada y D. Eugenio Agacino, Jefes de la Armada. Obra de gran necesidad para las Marinas militar y mercante.—Dos volúmenes en 4.º mayor, con numerosos grabados y láminas en colores, 15 pesetas.

Notas del alma, por Carmen de Burgos Seguí. Prólogo de Pérez Nieve y epílogo de Pérez Zúñiga. Un volumen, 2 pesetas.



PETRA-ARCA.—Málaga.—Escojo *Pequeñeces*.
J. DE H.—Valencia.—Ya sabía yo que mi colaboración no iba á satisfacerle del todo, pero estamos á la recíproca. Hoy me envía usted dos romances muy malitos, que parecen sacados de cualquier revista de las de Perrín y Palacios: con asonancias en los versos libres, incorrecciones de toda índole y hasta faltas de ortografía que en la anterior composición le perdoné. Para suplir todo esto me tomé la molestia de gastar un tiempo precioso que para otras cosas necesito; y, ¡sin embargo!... usted se queja. Respecto de esos *ritornellos* en las composiciones, es preciso, amigo mío, ser muy poeta para hacérselos tragar al respetable público. Y ¡no va más! Me parece que no tendrá usted queja del espacio que le dedico en esta sección.

NO ES MÉRITO COMPETIR géneros de pacotilla, sino abaratar los superiores, como el Agua de Colonia de Orive. Frasco desde 3 rs. Perfumerías.
 DON FULANITO.—*Sevilla*.—*La Felicidad*, contada de ese modo, es una gran desdicha. Aquella mujer que cae al suelo con los ojos *habiertos* debe estar muy mal de la vista. Y es que hay quien ve la paja en el ojo ajeno y no ve la *h* en el suyo.

F. C.—*Astorga*.—No mande usted *cantares* ni *sonetos*. Haga usted verdaderas composiciones, bien pensadas y bien «ejecutadas» como algunas de las que nos envió anteriormente. Usted tiene más condiciones que otros, y no debe pasarse la existencia *cantando* ni *soneteando*. ¿Estamos?...
 ESOPHO.—*Madrid*.—Es usted una fiera poniendo *h h* cada dos palabras.
 ¡Ah, si le costaran á usted dinerol... Ya tendría usted más ortografía.

A. DE L. Y L.—*Madrid*.
 ¿Sus versos son líricos «eminentemente»?
 ¡Dele usted memorias al propio León XIII!

Y en prueba de ello, ahí va un *pedacito* en el cual usted mismo se define:

*Yo soy un poeta
 que no tengo lágrimas,
 que no tengo risas, ni angustias, ni afanes,
 que no tengo alma.*

¡Bueno! Viene usted á ser un pedazo de carne con ojos.

A. B. DEL B.—*Santander*.—Cuando haga usted versos como López Marín, á quien censura, y el cual no es licenciado en filosofía y letras, ni

taquígrafo, ni falta que le hace, entonces podremos seguir discutiendo. Mientras tanto me coloco en esta disyuntiva: ó tiene usted muy mala fe, ó es usted tonto de capirote. Y si usted es B..., yo soy Padilla, y López Marín es Maldonado.

A. D. C.

La idea es vieja, y los versos le llaman á Dios de tú:
 Además, *execuator* suele escribirse con *q*.

DOLORES DE MUELAS. Jamás los sufre quien usa á diario el único dentífrico higiénico *Licor del Polo de Orive*, 6 rs. para dos meses.

J. T. H.—*Murcia*.—Veré de aprovechar una, porque la otra (el *monólogo*) ya lo publicó Limendoux en *Vida Galante*, por cierto ilustrada por la Tubau.

P. C. P.—¿Bromitas, eh? Pasen, porque es usted de la vecindad.

R. ZEGORRIUD.—Se conoce que usted es el que ha corrido esa *juergueta*. Bien empleado le está, por tonto.

O. C.—*Santander*.—Salvo su respetable opinión, creo que esa consulta podía usted hacérsela *tête à tête* al propio Estrañi. Por lo demás, yo creo que el *don* nos estorba á todos nosotros.

E. O.—*Lisboa*.—Si alguno sirve lo aprovecharé.

F. B. S.—*Madrid*.—Valfa más que me mandara usted cosas nuevas, recién salidas de la urna, porque esas me las sé de memoria.

E. B. H.—*Madrid*.—No os podréis quejar de mí... Ha llegado usted, y ha besado el santo. No todos tienen esa suerte. Le advierto, además, que por ese camino tiene usted «la confianza de la corona».

En el año 2000.

[13]

(FANTASIA NOVELESCA POR E. BELLAMY)

Quedé por algunos minutos incapaz de encontrar mi propio yo. Estaba como un alma en el limbo, un alma bosquejada, que aún no ha recibido las incisiones del cincel creador que le imprimen su individualidad. Nada podría expresar el suplicio que experimenté mientras que tanteaba así en el vacío en busca de mi persona. ¡Que no sienta otra vez este doloroso eclipse de mi ser! No podría decir con precisión cuánto tiempo se prolongó aquel estado (que pareció una eternidad), cuando de repente me acudió el recuerdo de todo, como un relámpago. Supe quién era, dónde estaba, cómo había llegado á allí; supe que las escenas de la vida del ayer que acababa de pasar por delante de mi espíritu, se referían, en realidad, á una generación reducida á polvo hacia mucho tiempo. Salté de la cama, oprimiendo mis sienes entre mis manos para impedir que estallasen. Luego volví á caer como una masa, ocultando la cara en la almohada, y quedé sin movimiento. Esto era la reacción inevitable después de la excitación mental y la fiebre intelectual, primer efecto de mi terrible aventura. Era la crisis, que había esperado, para estallar, á que yo tuviese plena conciencia de mi posición actual y de todas sus consecuencias. Apretados los dientes, jadeante el pecho, aferrándome á los barrotes de la cama con frenética energía, permanecí acostado, luchando para conservar mi razón. Todo danzaba en mi cabeza; hábitos de sentimientos, asociaciones de pensamientos, ideas de personas y de cosas, todo estaba en disolución, todo se confundía en un caos inextricable. Ya no había allí centro de enlace, nada fijo ni estable; sólo quedaba la voluntad. Pero ¿qué voluntad humana era bastante fuerte para decir á un mar alborotado: «cálmate»? No, no me atrevía á pensar; todo esfuerzo de razonamiento parecía hacer sudar á mi cerebro. La idea de que había dos personas en mí, de que mi identidad se había doblado, me perseguía. ¿No era esta teoría la solución más sencilla del enigma que me atormentaba?

Sentí que iba á perder el equilibrio intelectual; que si seguía allí, sumergido en mis reflexiones, estaba perdido. Había que distraerme á toda costa. Me vestí deprisa, y bajé las escaleras. Era apenas de día, y no encontré á nadie en el piso bajo. Tomé un sombrero colgado en la antecámara, abrí la puerta de la casa, que estaba cerrada con un descuido que probaba que el robo con fractura no se usaba ya en Boston, y me encontré en la calle. Durante dos horas corrí y anduve á través de los diferentes barrios de la población. Sólo un anticuario, al corriente de las diferencias que ofrece la ciudad actual de Boston, comparada con la de otra época, podría medir por qué serie de novedades enloquecedoras hubiese de pasar durante aquella mañana. La víspera, cuando la contemplaba desde lo alto de la terraza de mi huésped, la ciudad me había parecido singular; pero no se trataba entonces más que de una primera impresión, de un aspecto general; paseando por las calles fué como me dí cuenta de lo completo que era el cambio. Los pocos puntos que reconocí no hacían más que contribuir á que la impresión fuera más profunda, porque sin ellos hubiera podido creerme en una ciudad extraña. Un hombre puede abandonar su pueblo natal en la infancia, y volver á él cincuenta años después; lo encuentra muy transformado, se asombra, pero no se desorienta; tiene conciencia del tiempo transcurrido, de los cambios que se han operado por todas partes, hasta en sí mismo. No tiene más que una débil reminiscencia de la ciudad, tal como la conoció en otro tiempo. Pero pensad que en mí no existía ninguna sensación del tiempo transcurrido. A no consultar más que con mi conciencia, apenas hacia algunas horas que me había paseado por aquellas calles, en las que cada detalle había sufrido una completa metamorfosis. La imagen de la ciudad antigua, grabada en mi espíritu, luchaba en intensidad con la imagen de la ciudad actual que se ofrecía á mis ojos; sucesivamente la una y la otra me parecían irreales, y el resultado era una especie de fotografía compuesta, que me pasmaba.

No sé cómo, acabé por encontrarme delante de la casa de donde había salido; preciso es que mis pies me condujeran instintivamente hacia mi antigua morada, porque yo no tenía ninguna idea clara de mi itinerario. No sabía dónde me encontraba, si en mi barrio, si en cualquiera otra parte de la ciudad; los habitantes no me eran menos extraños que todos los demás hombres y mujeres que había encontrado. Si la puerta hubiera estado cerrada, la resistencia de la cerradura me hubiera dado tiempo para reflexionar que nada tenía que hacer en aquella casa, y me habría vuelto; pero cedió el botón, atrevesé la antecámara con paso extraviado, y entré en una de las piezas que daban á ella. Allí me dejé caer en una butaca, cubriendo mis ojos con mis manos ardorosas, para apartar la sensación de horror y de extrañeza que me rodeaba. Era tan grande mi emoción, que experimentaba como náuseas. ¿Cómo describir la angustia de aquellos momentos, durante los cuales parecía liquidarse mi cerebro? En mi desesperación me puse á sollozar, comprendiendo que si no acudía alguien en mi socorro, iba á perder la razón.

En aquel momento se dejó oír el roce de una falda, y abrí los ojos. Delante de mí estaba Edith Leete; su hermoso rostro expresaba la más viva simpatía.

—¿Qué tenéis, señor West?—me dijo;—estaba aquí cuando entrásteis, vi vuestro aspecto desesperado, y cuando he oído vuestros sollozos, no he podido contenerme. ¿De dónde venís? ¿Que os ha sucedido? ¿Qué puedo hacer por vos?

Mientras me hablaba (no sé si fué involuntario el movimiento), me tendió las manos con un adorable gesto de compasión. Las estreché entre las mías, y me así á ellas, como el hombre que se ahoga se aferra á la cuerda que le echan. Al contemplar su rostro radiante de piedad y sus ojos humedecidos por las lágrimas, mi espíritu cesó de agitarse. La simpatía humana que vibraba en la dulce presión de sus dedos, me había dado el sostén que yo necesitaba; me traía la calma y la paz como un maravilloso elixir.

—¡Dios os bendiga!—dije después de algunos instantes.—Él es quien debe haberos enviado á mi lado. Sin vos, iba á perder la cabeza.

A estas palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, señor West! ¡Cuán sin corazón debéis creernos! ¿Cómo hemos podido dejaros solo durante tanto tiempo? Pero eso ya ha concluido, ¿verdad? Decid: ¿estáis mejor?

—Sí, gracias á vos; y si permanecéis todavía un poco á mi lado, volveré bien pronto á ser el mismo.

—¡Ah! ¡No os abandonaré ya!—dijo con un ligero estremecimiento de sus rasgos, que expresaba más simpatía que millares de palabras.—No hay que creernos tan malos como parecemos. Apenas he dormido esta noche, á fuerza de preguntarme cuál sería vuestro despertar; pero mi padre aseguraba que vuestro sueño sería largo, y que no convenia atestiguaros demasiada simpatía al principio, sino tratar de distraeros y de haceros comprender que estabais entre amigos.

—Y lo habéis conseguido—respondí;—pero mirad, señorita, es una gran sacudida saltar de un brinco todo un siglo. Anoche estaba menos turbado; pero esta mañana experimento las más extrañas sensaciones.

Mientras tenía cogidas sus manos y mis ojos estaban fijos en los suyos, sentíame casi con fuerzas para bromear sobre mi situación.

—¿Quién podía sospechar que iriais á pasearos solo por la ciudad tan temprano? ¡Oh, señor West! ¿Y dónde habéis estado?

Le conté entonces todo lo que había sentido y visto aquella mañana desde mi despertar, hasta el momento de su aparición.

(Continuará.)

MADRID
Tres meses, 2,50 ptas.—Seis id., 4,50.—Año 8.
PROVINCIAS
— Semestre, 5 ptas.—Año, 9. —
Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 m|m

Madrid Comico
OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

UNION POSTAL
— Un año, 15 pesetas. —
VENTA
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,35
Anuncios extranjeros: Ptas. 0,35 1/2 línea de 45 m|m.

SE SUSCRIBE EN LA ADMINISTRACIÓN Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

BERNABÉ MAYOR
3, ESPARTEROS, 3
MADRID
Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.
Ferretería, metales, utensilios de cocina.
LUZ ELÉCTRICA
Catálogos ilustrados gratis.

SERVICIOS FÚNEBRES
La Soledad
DESENGAÑO
TELÉFONO 205 - 10.

DOCTOR GARRIDO

Para curarse del estómago y otras enfermedades crónicas, ningún tratamiento mejor que el de esta casa. Para específicos nacionales ó extranjeros de toda confianza y con la mayor economía, lo mismo. Y para los que tienen fe en los preparados de esta farmacia, adjunto citamos unos cuantos en los que hay para todas las dolencias y sus precios son reducidísimos:

	Pesetas.		Pesetas.		Pesetas.
Antipirina en sellos.....	1,50	Elegante (para las pecas).....	1	Poción antiblenorrágica (al su-	
Antiespasmódica especial.....	2,50	Fosfato de hierro soluble.....	1	blimado).....	5
Agua especial (para flujos).....	1	Hierro dializado.....	1,25	Píldoras ferruginosas.....	1
Aceite de hígado de bacalao.....	1	Inyección.....	1	» tonipurgantes.....	1,50
Agua de Colonia (litro).....	4	Jarabes pectorales, desde.....	0,50	Purgante agradable (manita)....	1,50
Alivio de los niños.....	1	» de quina.....	1	Pomada anti oftálmica.....	0,50
Amargo (para el apetito).....	1	» quebracho.....	2,50	» anti hemorroidal.....	0,50
Agua de Azahar.....	1	» rábano iodado.....	1, 2 y 5	» antiherpética.....	1
Bolos digestivos.....	5	» lactofosfato de cal.....	2	» antisifilítica.....	2,50
Bálsamo antirreumático.....	2,50	» de hipofosfito de cal.....	2	Poción para la solitaria.....	5
Brisa (para el mareo).....	5	Jarabe (fórmula) Gibert.....	2,50	Pastillas clorato (comprimidas) ..	0,25
Bálsamo Opopolido.....	0,50 y 1	Kola granulada.....	3	Refresco pectoral.....	5
Crema de bismuto.....	5	Licor de brea.....	0,75	Rob depurativo.....	2 y 3
Citrato de magnesia.....	1	Limonada.....	1	Solución iodo de hierro.....	1
Cápsulas creosotal.....	4	» en polvo.....	0,50	Vide (para el dolor de muelas)...	1
» Copaiba.....	1	Pastillas pectorales.....	0,50	Vino de quina, desde.....	1
» aceite ricino.....	1	Perlas de éter.....	1,50	» iodotánico.....	3
Depilatorio.....	1,50	» sándalo.....	2,50	» kola y quina.....	5
Emulsión.....	2	» esencia trementina.....	1,50	» hemoglobina.....	2,50
Esencia de zarzaparrilla.....	0,50, 1 y 2	Píldoras antinerviosas.....	2,50	» peptona.....	2,50
Elixir dentífrico.....	1	Polvos cicatrizantes.....	1	Ungüento Pallequi (para úlceras) 0,75 y 1,50	

Se mandan directamente á los enfermos de provincias, y en Madrid á domicilio.—Teléfono 111.

LUNA, 6

MAQUINAS USADAS



SINGER, para coser.

Se compran, venden y dan á plazos.—Se componen todos los sistemas; Se garantizan por el mecánico CEREZO.

ZARAGOZA, 9

Bazar de Camas de la Latina

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

Fábrica: CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 29

Camas.—Colchones de muelles.

Colchones de varios sistemas.

Nadie puede competir en precios con el Almacén

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

BIBLIOTECA MODERNA ILUSTRADA

Obras publicadas por esta Biblioteca á 50 céntos. volumen

- I.—A. Palacio Valdés.—*Sedución.*
- II.—J. Benavente.—*Noches de verano.*
- III.—Juan Valera.—*Asclepigenia.*
- IV.—S. Rueda.—*Piedras preciosas.*
- V.—Benito Pérez Galdós.—*La novela en el tranva.*
- VI.—Jacinto O. Picón.—*La Vistosa.*
- VII.—Hermanos Quintero.—*Frustrerías.*
- VIII.—G. Martínez Sierra.—*Horas de sol (novela).*

Se remite á provincias, franco de portes, enviando los pedidos, acompañados de su importe, al administrador de MADRID CÓMICO. Si se quiere recibir certificado úméntese al pedido 25 céntimos.

EN PAÑOS MENORES

CUENTOS DE VERANO

Cuaderno, 15 céntimos.

Los pedidos á la Administración de este periódico.

MATÍAS LÓPEZ.—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.